

do por la memoria evocativa. El de João de *Em Nome da Terra* es el tiempo mental, el tiempo interior y subjetivo del monólogo autobiográfico, con sus vacíos, sus lapsos, sus divagaciones, con sus percepciones presentes del pasado, sus rumores, ecos y voces, con la llegada de retazos de músicas o silencios inexplicables. La memoria reconstruye la realidad convirtiéndola en otra realidad hecha de sensaciones e imágenes evocadas que gobiernan el discurso y lo ciñen a una temporalidad exclusivamente emotiva. La carta que el viejo juez João escribe a su mujer muerta hace ya mucho tiempo es una prueba de la buscada ambigüedad temporal ferreiriana. João habla con Mónica como si el tiempo no hubiera pasado. Habla desde la intimidad y la distorsión del recuerdo; habla desde la confesión y desde la conciencia del punto final en el que se hace balance de toda una vida. João –o el lector– reconstruye la vida, para aceptarla finalmente tal y como fue. Y esa inmersión en lo íntimo permite a Ferreira dotar de libertad al pensamiento, y al mismo tiempo, hacer que la voz del Yo sea frágil y ambigua, como es en realidad, al deshacer el tiempo y obligarlo a inscribirse en un tiempo emotivo, sin lógica cronológica. La memoria hace coincidir todos los tiempos en un tiempo único y crea la sensación de que no hay distancia entre los diversos pasados y el presente; demuestra que el presente está sumergido en el pasado en un proceso de continuidad, pero también que el presente construye constantemente su evocación del pasado.

La memoria también sirve para crear ese espacio claustrofóbico que aísla a los personajes ferreirianos y que los envuelve en un síndrome de final empujado por el vértigo imparable de la decrepitud y por esa marea de muerte que lo va invadiendo todo. La conciencia de decrepitud y de muerte, no obstante, siempre aparece expresada, trágicamente, desde la poética de la inmortalidad y la perfección. Lo demuestra esa Mónica eterna y divina que evoca el juez João desde su decrepitud consciente. Por eso, con descarnado realismo, la vejez es metáfora que utiliza Ferreira para explicar el ineludible proceso hacia la mayor y última de las experiencias trágicas de la vida del hombre que es la muerte. La conciencia de la degradación del cuerpo obliga a la conciencia de la aproximación del final, y esa idea impregna toda la obra ferreiriana; de ahí que sus narradores recorran trágicamente toda su existencia desde la íntima meditación sobre la vida. La sensación es agónica porque la muerte se hace omnipresente, la propia (la de los narradores) y la de los otros (la de los eternos ausentes con los que dialoga el narrador). La biografía, la ficción autobiográfica, la narración en primera

persona es un recurso literario extremadamente hábil para acrecentar la sensación trágica de la condición humana, porque la intimidad aumenta, y la soledad, y lo invaden todo. Y la muerte sería algo insalvable que lo llenaría todo de fatalismo si no fuera por la memoria, que actúa como refugio ante el consciente final de la existencia. La memoria presentiza el pasado y ayuda a soportar el futuro; lo entiende bien el viejo juez cuando contempla por primera vez las calaveras recubiertas de pellejo y de mirada perdida, los esqueletos sin apenas cuerpo que ocupan en silencio una de las salas de la residencia en la que va a vivir. Frente a un presente que inevitablemente enseña lo que va a ser el futuro, la larga carta que empieza a escribir el juez quizás le ayude a sobrellevar la vida, pero no evita la sensación de claustrofobia que crea el mundo vacío y en soledad del tiempo de la memoria, ni evita que el espacio de lo íntimo se convierta en un mudo diálogo con los ausentes, aquellos que llenan el pasado pero no ocupan la realidad del presente. La vida pasa a ser algo mental que indaga obsesiva sobre lo insondable, sobre el misterio y la absurdidad de la existencia. La vida es un mundo hecho de preguntas sin respuesta donde el silencio ocupa un lugar físico y donde la incesante interrogación actúa como tabla de salvamento.

La vida es la memoria, con sus limitaciones y sus lagunas, con su labor desfiguradora, con el olvido y la instintiva represión de lo que no se puede recordar; la vida es una memoria llena de incertidumbre sobre lo que realmente fue el pasado. La vida es algo «absoluto» que tiende a construir arquetipos, como la mitificada Mónica de *Em Nome da Terra*, y busca obsesivamente una forma de plenitud, fugaz y frágil, pero consoladora. La vida es una memoria que imagina y protege, y aparentemente benéfica ante la conciencia trágica de la vida. Pero la inteligencia dolorosamente lúcida de Vergílio Ferreira no le permite perderse entre los refugios creados para reposar del tenso diálogo con la vida y con la muerte. Es duro terminar las páginas de *Em Nome da Terra* y entender que la memoria es capaz, o necesita reinventar un pasado a la medida del deseo, y aceptar que por deseo de amor se pueda crear un mundo real alternativo. Se cierra el libro y el mundo del asilo en el que vive el juez João se mezcla con las imágenes de su propio cuerpo viejo y mutilado y con las del eternamente divinizado y perfecto de Mónica. La sacralización de la belleza de la mujer es la metáfora del conflicto entre un presente de vejez y soledad y un futuro ineludible de muerte, frente a los mundos creados por el deseo. En *Em Nome da Terra* la realidad está fuera de la vida de João –la realidad es la sordidez del asilo o la indiferencia de los hijos, sus visitas rápidas e impa-

cientes, el trato seco y denigrante de las empleadas— porque la vida del juez es la carta que escribe; pero su voluntario aislamiento a través de la escritura no puede evitar que, al mismo tiempo, esa realidad conviva equívocamente con el mundo deseado e inventado que el juez elabora día tras día. La carta que escribe el juez João es un acto sagrado que hace posible ese mundo posible que desea y asimismo necesita para seguir viviendo y para enfrentarse a la muerte. La carta enseña que se puede amar un amor imaginado en un mundo imaginado, y que se puede ocupar el lugar de una realidad que fue dolorosa hasta lo insostenible. Es la necesidad de crear un mundo alternativo al mundo real y, también, un tiempo pasado imaginado y alternativo al tiempo presente. Un mundo imposible e inaccesible, hecho de ficción, imaginación y deseo, que ayuda a soportar la conciencia de muerte, pero al mismo tiempo entra en conflicto con ella. Saudosamente, la vida se reduce al deseo de lo que no fue; y el mundo se traslada al ámbito de lo mítico, un espacio en el que la vejez, la degradación y la muerte no tienen cabida. La vida se transforma en una memoria creada y perfecta que debe superar el recuerdo de una realidad sórdida, degenerada, contraria a lo debería haber sido.

Una vez más, el narrador de *Em Nome da Terra*, como muchos otros narradores ferreirianos, se obstina obsesivamente en deshacer las fronteras de lo real y lo irreal, de lo visible y lo invisible, de lo sabido y lo imaginado, hasta conseguir que el mundo mental ocupe el mundo de la realidad. Entonces todo se subjetiviza y queda aprisionado en el laberinto del tiempo de la memoria, un tiempo hecho de retales de una realidad transfigurada pero que permite hacer un espacio en el que vivir. Un enigmático y mental tiempo de la memoria pensado para combatir y vencer a la muerte gracias a la escritura; un tiempo mental y absoluto capaz de expulsar la temporalidad de la vida, de aligerar el peso de la identidad; un tiempo emotivo y evocativo hecho de palabra y de literatura para indagar, sin compasión, sobre la existencia y para dejar un triste rastro de humedad en el ánimo del lector.



Lisboa. Monasterio de Belem